

Robert Louis Stevenson

El Dr. Jekyll y Mr. Hyde

Traducción de Carmen Criado



Alianza editorial

El libro de bolsillo

Título original: *Dr. Jekyll and Mr. Hyde*

Primera edición: 1978
Cuarta edición: 2011
Séptima reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: Carmen Criado
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1978, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-5139-2
Depósito legal: B. 13.059-2011
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Historia de la puerta
- 20 En busca de Mr. Hyde
- 34 El Dr. Jekyll estaba tranquilo
- 38 El caso del asesinato de Carew
- 46 El incidente de la carta
- 54 La extraña aventura del doctor Lanyon
- 61 El episodio de la ventana
- 64 La última noche
- 84 La narración del doctor Lanyon
- 97 Henry Jekyll explica lo sucedido

Historia de la puerta

Mr. Utterson, el abogado, era hombre de semblante adusto jamás iluminado por una sonrisa, frío, parco y reservado en la conversación, torpe en la expresión del sentimiento, enjuto, largo, seco y melancólico, y, sin embargo, despertaba afecto. En las reuniones de amigos y cuando el vino era de su agrado, sus ojos irradiaban un algo eminentemente humano que no llegaba a reflejarse en sus palabras pero que hablaba, no sólo a través de los símbolos mudos de la expresión de su rostro en la sobremesa, sino también, más alto y con mayor frecuencia, a través de sus acciones de cada día. Consigo mismo era austero. Cuando estaba solo bebía ginebra para castigar su gusto por los buenos vinos, y, aunque le gustaba el teatro, no había traspuesto en veinte años el umbral de un solo local de aquella especie. Pero reservaba en cambio para el prójimo una enorme tole-

rancia, meditaba, no sin envidia a veces, sobre los arrestos que requería la comisión de las malas acciones, y, llegado el caso, se inclinaba siempre a ayudar en lugar de censurar.

—No critico la herejía de Caín —solía decir con agudeza—. Yo siempre dejo que el prójimo se destruya del modo que mejor le parezca.

Dado su carácter, constituía generalmente su destino ser la última amistad honorable, la buena influencia postrera en las vidas de los que avanzaban hacia su perdición y, mientras continuaran frecuentando su trato, su actitud jamás variaba un ápice con respecto a los que se hallaban en dicha situación.

Indudablemente, tal comportamiento no debía resultar difícil a Mr. Utterson por ser hombre, en el mejor de los casos, reservado y que basaba su amistad en una tolerancia sólo comparable a su bondad. Es propio de la persona modesta aceptar el círculo de amistades que le ofrecen las manos de la fortuna, y tal era la actitud de nuestro abogado. Sus amigos eran, o bien familiares suyos, o aquellos a quienes conocía hacía largos años. Su afecto, como la hiedra, crecía con el tiempo y no respondía necesariamente al carácter de la persona a quien lo otorgaba. De esa clase eran sin duda los lazos que le unían a Mr. Richard Enfield, pariente lejano suyo y hombre muy conocido en toda la ciudad. Eran muchos los que se preguntaban qué verían el uno en el otro y

qué podrían tener en común. Todo el que se tropezara con ellos en el curso de sus habituales paseos dominicales afirmaba que no decían una sola palabra, que parecían notablemente aburridos y que recibían con evidente agrado la presencia de cualquier amigo. Y, sin embargo, ambos apreciaban al máximo estas excursiones, las consideraban el mejor momento de toda la semana y, para poder disfrutar de ellas sin interrupciones, no sólo rechazaban oportunidades de diversión, sino que resistían incluso a la llamada del trabajo.

Ocurrió que en el curso de uno de dichos paseos fueron a desembocar los dos amigos en una callejuela de uno de los barrios comerciales de Londres. Se trataba de una vía estrecha que se tenía por tranquila pero que durante los días laborables albergaba un comercio floreciente. Al parecer sus habitantes eran comerciantes prósperos que competían los unos con los otros en medrar más todavía dedicando lo sobrante de sus ganancias en adornos y coqueterías, de modo que los escaparates que se alineaban a ambos lados de la calle ofrecían un aspecto realmente tentador, como dos filas de vendedoras sonrientes. Aun los domingos, días en que velaba sus más granados encantos y se mostraba relativamente poco frecuentada, la calleja brillaba en comparación con el deslucido barrio en que se hallaba como reluce una hoguera en la oscuridad del bosque acaparando y solazando la mirada de los

transeúntes con sus contraventanas recién pintadas, sus bronces bien pulidos y la limpieza y alegría que la caracterizaban.

A dos casas de una esquina, en la acera de la izquierda yendo en dirección al este, interrumpía la línea de escaparates la entrada a un patio, y exactamente en ese mismo lugar un siniestro edificio proyectaba su alero sobre la calle. Constaba de dos plantas y carecía de ventanas. No tenía sino una puerta en la planta baja y un frente ciego de pared deslucida en la superior. En todos los detalles se adivinaba la huella de un descuido sórdido y prolongado. La puerta, que carecía de campanilla y de llamador, tenía la pintura saltada y descolorida. Los vagabundos se refugiaban al abrigo que ofrecía y encendían sus fósforos en la superficie de sus hojas, los niños abrían tienda en sus peldaños, un escolar había probado el filo de su navaja en sus molduras y nadie en casi una generación se había preocupado al parecer de alejar a esos visitantes inoportunos ni de reparar los estragos que habían hecho en ella.

Mr. Enfield y el abogado caminaban por la acera opuesta, pero cuando llegaron a dicha entrada, el primero levantó el bastón y señaló hacia ella.

—¿Te has fijado alguna vez en esa puerta? —preguntó. Y una vez que su compañero respondiera afirmativamente, continuó—. Siempre la asocio mentalmente con un extraño suceso.

—¿De veras? —dijo Mr. Utterson con una ligera alteración en la voz—. ¿De qué se trata?

—Verás, ocurrió lo siguiente —continuó Mr. Enfield—. Volví yo en una ocasión a casa, quién sabe de qué lugar remoto, hacia las tres de una oscura madrugada de invierno. Mi camino me llevó a atravesar un barrio de la ciudad en que lo único que se ofrecía literalmente a la vista eran las farolas encendidas. Recorrí calles sin cuento, donde todos dormían, iluminadas como para un desfile y vacías como la nave de una iglesia, hasta que me hallé en ese estado en que un hombre escucha y escucha y comienza a desear que aparezca un policía. De pronto vi dos figuras, una la de un hombre de corta estatura que avanzaba a buen paso en dirección al este, y la otra la de una niña de unos ocho o diez años de edad que corría por una bocacalle a la mayor velocidad que le permitían sus piernas. Pues señor, como era de esperar, al llegar a la esquina hombre y niña chocaron, y aquí viene lo horrible de la historia: el hombre atropelló con toda tranquilidad el cuerpo de la niña y siguió adelante, a pesar de sus gritos, dejándola tendida en el suelo. Supongo que tal como lo cuento no parecerá gran cosa, pero la visión fue horrible. Aquel hombre no parecía un ser humano, sino un *juggernaut* horrible. Le llamé, eché a correr hacia él, le atenacé por el cuello y le obligué a regresar al lugar donde unas cuantas personas se habían reunido ya en torno a la niña. El hombre es-

taba muy tranquilo y no ofreció resistencia, pero me dirigió una mirada tan aviesa que el sudor volvió a inundarme la frente como cuando corriera. Los reunidos eran familiares de la víctima, y pronto hizo su aparición el médico, en cuya búsqueda había ido precisamente la niña. Según aquel matasanos, la pobre criatura no había sufrido más daño que el susto natural, y supongo que creerás que con esto acabó todo. Pero se dio una curiosa circunstancia. Desde el primer momento en que le vi, aquel hombre me produjo una enorme repugnancia, y lo mismo les ocurrió, cosa muy natural, a los parientes de la niña. Pero lo que me sorprendió fue la actitud del médico. Respondía éste al tipo de galeno común y corriente. Era hombre de edad y aspecto indefinidos, fuerte acento de Edimburgo y la sensibilidad de un banco de madera. Pues le ocurría lo mismo que a nosotros. Cada vez que miraba a mi prisionero se ponía enfermo y palidecía presa del deseo de matarle. Ambos nos dimos cuenta de lo que pensaba el otro y, dado que el asesinato nos estaba vedado, hicimos lo máximo que pudimos dadas las circunstancias. Le dijimos al caballero de marras que daríamos a conocer su hazaña, que todo Londres, de un extremo al otro, maldeciría su nombre, y que si tenía amigos o reputación sin duda los perdería. Y mientras le fustigábamos de esta guisa, manteníamos apartadas a las mujeres, que se hallaban prestas a lanzarse sobre él como arpías. En mi vida he visto

círculo semejante de rostros encendidos por el odio. Y en el centro estaba aquel hombre revestido de una especie de frialdad negra y despectiva, asustado también —se le veía—, pero capeando el temporal como un verdadero Satán.

»—Si desean sacar partido del accidente —nos dijo—, naturalmente me tienen en sus manos. Un caballero siempre trata de evitar el escándalo. Díganme cuánto quieren.

»Pues bien, le apretamos las clavijas y le exigimos nada menos que cien libras para la familia de la niña. Era evidente que habría querido escapar, pero nuestra actitud le inspiró miedo y al final accedió. Sólo restaba conseguir el dinero, y, ¿adónde crees que nos condujo sino a ese edificio de la puerta? Abrió con una llave, entró, y al poco rato volvió a salir con diez libras en oro y un talón por valor de la cantidad restante, extendido al portador contra la banca de Coutts y firmado con un nombre que no puedo mencionar a pesar de ser ése uno de los detalles más interesantes de mi historia. Lo que sí te diré es que era un nombre muy conocido y que se ve muy a menudo en los periódicos. La cifra era alta, pero el que había estampado su firma en el talón, si es que era auténtica, era hombre de una gran fortuna. Me tomé la libertad de decirle al caballero en cuestión que todo aquel asunto me parecía sospechoso y que en la vida real un hombre no entra a las cuatro de la mañana en semejante antro para sa-

lir al rato con un cheque por valor de casi cien libras firmado por otra persona. Pero él se mostró frío y despectivo.

»—No tema —me dijo—, me quedaré con ustedes hasta que abran los bancos y pueda cobrar yo mismo ese dinero.

»Así pues, nos pusimos todos en camino, el padre de la niña, el médico, nuestro amigo y yo. Pasamos el resto de la noche en mi casa y a la mañana siguiente, una vez desayunados, nos dirigimos al banco como un solo hombre. Yo mismo entregué el talón al empleado haciéndole notar que tenía razones de peso para sospechar que se trataba de una falsificación. Pues nada de eso. La firma era legítima.

—¡Qué barbaridad! —dijo Mr. Utterson.

—Ya veo que piensas lo mismo que yo —dijo Mr. Enfield—. Sí, es una historia desagradable porque el hombre en cuestión era un personaje detestable, un auténtico infame, mientras que la persona que firmó ese cheque es un modelo de virtudes, un hombre muy conocido y, lo que es peor, famoso por sus buenas obras. Un caso de chantaje, supongo. El del caballero honorable que se ve obligado a pagar una fortuna por un desliz de juventud. Por eso doy a este edificio el nombre de «la casa del chantaje». Aunque aun eso estaría muy lejos de explicarlo todo —añadió. Y dicho esto se hundió en sus meditaciones.

De ellas vino a sacarle Mr. Utterson con una pregunta inopinada.

–¿Y sabes si el que extendió el talón vive ahí?

–Sería un lugar muy apropiado, ¿verdad? –respondió Mr. Enfield–, pero se da el caso de que recuerdo su dirección y vive en no sé qué plaza.

–¿Y nunca has preguntado a nadie acerca de esa casa de la puerta? –preguntó Mr. Utterson.

–Pues no señor, he tenido esa delicadeza –fue la respuesta–. Estoy decididamente en contra de toda clase de preguntas. Me recuerdan demasiado el día del Juicio Final. Hacer una pregunta es como arrojar una piedra. Uno se queda sentado tranquilamente en la cima de una colina y allá va la piedra arrastrando otras cuantas a su paso hasta que al final van a dar todas a la cabeza de un pobre infeliz (aquel en quien menos habías pensado) que no se ha movido de su jardín, y resulta que la familia tiene que cambiar de nombre. No señor. Yo siempre me he atenido a una norma: cuanto más raro me parece el caso, menos preguntas hago.

–Sabio proceder, sin duda –dijo el abogado.

–Pero sí he examinado el edificio por mi cuenta –continuó Mr. Enfield–, y no parece una casa habitada. Es la única puerta, y nadie sale ni entra por ella a excepción del protagonista de la aventura que acabo de relatarte. Y eso muy de tarde en tarde. En el primer piso hay tres ventanas que dan al patio. En la planta baja, ninguna. Esas tres ventanas están siempre cerradas aunque los cristales están limpios. Por otra parte, de la chimenea sale generalmente

humo, así que la casa debe de estar habitada, aunque es difícil asegurarlo dado que los edificios que dan a ese patio están tan apiñados que es imposible saber dónde acaba uno y dónde empieza el siguiente.

Los dos amigos caminaron un rato más en silencio hasta que habló Mr. Utterson.

–Es buena norma la tuya, Enfield –dijo.

–Sí, creo que sí –respondió el otro.

–Pero, a pesar de todo –continuó el abogado–, hay una cosa que quiero preguntarte. Me gustaría que me dijeras cómo se llamaba el hombre que atropelló a la niña.

–Bueno –dijo Mr. Enfield–, no veo qué mal puede haber en decírtelo. Se llamaba Hyde.

–Ya –dijo Mr. Utterson–. ¿Y cómo es físicamente?

–No es fácil describirle. En su aspecto hay algo equívoco, desagradable, decididamente detestable. Nunca he visto a nadie despertar tanta repugnancia y, sin embargo, no sabría decirte la razón. Debe de tener alguna deformidad. Ésa es la impresión que produce, aunque no puedo decir concretamente por qué. Su aspecto es realmente extraordinario y, sin embargo, no podría mencionar un solo detalle fuera de lo normal. No, me es imposible. No puedo describirle. Y no es que no le recuerde, porque te aseguro que es como si le tuviera ante mi vista en este mismo momento.

Mr. Utterson anduvo otro trecho en silencio, evidentemente abrumado por sus pensamientos.

–¿Estás seguro de que abrió con llave? –preguntó al fin.

–Mi querido Utterson –comenzó a decir Enfield, que no cabía en sí de asombro.

–Lo sé –dijo su interlocutor–, comprendo tu extrañeza. El hecho es que si no te pregunto cómo se llamaba el otro hombre es porque ya lo sé. Verás, Richard, has ido a dar en el clavo con esa historia. Si no has sido exacto en algún punto, convendría que rectificaras.

–Deberías haberme avisado –respondió el otro con un dejo de indignación–. Pero te aseguro que he sido exacto hasta la pedantería, como tú sueles decir. Ese hombre tenía una llave, y lo que es más, sigue teniéndola. Le vi servirse de ella no hará ni una semana.

Mr. Utterson exhaló un profundo suspiro pero no dijo una sola palabra. Al poco, el joven continuaba:

–No sé cuándo voy a aprender a callarme la boca –dijo–. Me avergüenzo de haber hablado más de la cuenta. Hagamos un trato. Nunca más volveremos a hablar de este asunto.

–Accedo de todo corazón –dijo el abogado–. Te lo prometo, Richard.

En busca de Mr. Hyde

Aquella noche, Mr. Utterson llegó a su casa de soltero sombrío y se sentó a la mesa sin gusto. Los domingos, al acabar de cenar, tenía la costumbre de instalarse en un sillón junto al fuego y ante un atril en que reposaba la obra de algún árido teólogo hasta que el reloj de la iglesia vecina daba las doce, hora en que se iba a la cama tranquilo y agradecido. Aquella noche, sin embargo, apenas levantados los manteles, tomó una vela y se dirigió a su despacho. Una vez allí, abrió la caja fuerte, sacó del apartado más recóndito un sobre en el que se leía «Testamento del Dr. Jekyll» y se sentó con el ceño fruncido a inspeccionar su contenido. El testamento era ológrafo, pues Mr. Utterson, si bien se avino a hacerse cargo de él una vez terminado, se había negado a prestar la menor ayuda en su confección. El documento estipulaba no sólo que tras el fallecimiento

de Henry Jekyll, doctor en Medicina y miembro de la Royal Society, todo cuanto poseía fuera a parar a manos de su «amigo y benefactor, Edward Hyde», sino también que, en el caso de «desaparición o ausencia inexplicable del Dr. Jekyll durante un período de tiempo superior a los tres meses», el antedicho Edward Hyde pasaría a disfrutar de todas las pertenencias de Henry Jekyll sin la menor dilación y libre de cargas y obligaciones, excepción hecha del pago de sendas sumas de menor cuantía a los miembros de la servidumbre del doctor.

El testamento venía constituyendo desde hacía tiempo una preocupación para Mr. Utterson. Le molestaba no sólo en calidad de abogado, sino también como amante que era de todo lo cuerdo y habitual por ser hombre para quien lo desusado equivalía, sin más, a deshonroso. Y si hasta el momento había sido la ignorancia de quién podía ser ese Mr. Hyde lo que provocara su enojo, ahora, por un súbito capricho del destino, lo que sabía de él era precisamente la causa de su indignación. Malo era ya cuando aquel personaje no constituía sino un nombre del cual nada podía averiguar, pero aún era peor ahora que ese nombre comenzaba a revestirse de atributos detestables. De la neblina movediza e incorpórea que durante tanto tiempo había confundido su vista, saltaba de pronto a primer plano la imagen concreta de un ser diabólico.

«Creí que era locura –se dijo mientras volvía a colocar en la caja el odioso documento–, y me empiezo a temer que sea infamia.» Apagó la vela, se puso el abrigo y se dirigió a la plaza de Cavendish, reducida de la medicina, donde su amigo, el famoso Dr. Lanyon, tenía su casa y recibía a sus numerosos pacientes. «Si alguien sabe algo del asunto, tiene que ser Lanyon», había decidido.

El solemne mayordomo le conocía y le dio la bienvenida. Sin dilación le condujo a la puerta del comedor, donde sentado a la mesa, solo y paladeando una copa de vino, se hallaba el Dr. Lanyon. Era éste un hombre cordial, sano, vivaz, de semblante arrebolado, cabellos prematuramente encanecidos y modales bulliciosos y decididos. Al ver a Mr. Utterson se levantó precipitadamente de su asiento y salió a recibirle tendiéndole ambas manos. Su cordialidad podía resultar quizá un poco teatral a primera vista, pero respondía a un auténtico afecto. Los dos hombres eran viejos amigos, antiguos compañeros, tanto de colegio como de universidad, se respetaban tanto a sí mismos como mutuamente y, lo que no siempre es consecuencia de lo anterior, gozaban el uno con la compañía del otro.

Tras unos momentos de divagación, el abogado encaminó la charla al tema que tan desagradablemente le preocupaba.

–Supongo, Lanyon –dijo–, que somos los amigos más antiguos que tiene Henry Jekyll.

–Ojalá no lo fuéramos tanto –dijo Lanyon riendo–. Pero sí, supongo que no te equivocas. ¿Y qué es de él? Últimamente le veo muy poco.

–¿De veras? –dijo Utterson–. Creí que os unían intereses comunes.

–Y así es –fue la respuesta–. Pero hace ya más de diez años que Henry Jekyll empezó a complicarse demasiado para mi gusto. Se ha desquiciado mentalmente y aunque, como es natural, sigue interesándome por mor de los viejos tiempos, como suele decirse, lo cierto es que le veo y le he visto muy poco durante estos últimos meses. Todos esos disparates tan poco científicos... –añadió el doctor mientras su rostro adquiría el color de la grana– habrían podido enemistar a Daimon y Pitias.

Aquella ligera explosión de ira alivió en cierto modo a Mr. Utterson. «Difieren solamente en una cuestión científica», se dijo. Y por ser hombre desapasionado con respecto a la ciencia (excepción hecha de lo concerniente a las escrituras de traspaso), llegó incluso a añadir: «¡Pequeñeces». Dio a su amigo unos segundos para que recuperase su compostura y abordó luego el tema que le había llevado a aquella casa.

–¿Conoces a ese protegido suyo, un tal Hyde? –preguntó.

–¿Hyde? –preguntó Lanyon–. No. Nunca he oído hablar de él. Debe de haberle conocido después de que yo dejara de frecuentar su trato.

Ésta fue toda la información que el abogado pudo llevarse consigo al lecho, grande y oscuro, en que se revolvió toda la noche hasta que las horas del amanecer comenzaron a hacerse cada vez más largas. Fue aquélla una noche de poco descanso para su cerebro, que trabajó sin tregua enfrentado solo con la oscuridad y acosado por infinitas interrogaciones.

Cuando las campanas de la iglesia cercana a la casa de Mr. Utterson dieron las seis, éste aún seguía meditando sobre el problema. Hasta entonces sólo le había interesado en el aspecto intelectual, pero ahora había captado, o mejor dicho, esclavizado su imaginación, y mientras Utterson se revolvía en las tinieblas de la noche y de la habitación velada por espesos cortinajes, la narración de Mr. Enfield desfilaba ante su mente como una secuencia ininterrumpida de figuras luminosas. Veía primero la infinita sucesión de farolas de una ciudad hundida en la noche, luego la figura de un hombre que caminaba a buen paso, la de una niña que salía corriendo de la casa del médico y cómo al fin las dos figuras se encontraban. Aquel *juggernaut* humano atropellaba a la chiquilla y seguía adelante sin hacer caso de sus gritos. Otras veces veía un dormitorio de una casa lujosa donde dormía su amigo sonriendo a sus sueños. De pronto la puerta se abría, las cortinas de la cama se separaban y una voz despertaba al durmiente. A su lado se hallaba una figura que tenía poder sobre él, e, incluso a esa hora de la noche, Je-

kyll no tenía más remedio que levantarse y obedecer su mandato. La figura que aparecía en ambas secuencias obsesionó toda la noche al abogado, que si en algún momento cayó en un sueño ligero, fue para verla deslizarse furtivamente entre mansiones dormidas o moverse cada vez con mayor rapidez hasta alcanzar una velocidad de vértigo, entre los laberintos de una ciudad iluminada por farolas, atropellando a una niña en cada esquina y abandonándola a pesar de sus gritos. Y la figura no tenía cara por la cual pudiera reconocerle. Ni siquiera en sus sueños tenía rostro, y si lo tenía, le burlaba apareciendo un segundo ante sus ojos para disolverse un instante después. Y así fue como surgió de pronto y creció con presteza en la mente del abogado una curiosidad singularmente fuerte, casi incontrolable, de contemplar la faz del verdadero Mr. Hyde. «Si pudiera verle, aunque sólo fuera una vez –pensó–, el misterio se iría disipando y hasta puede que se desvaneciera totalmente como suele suceder con todo acontecimiento misterioso cuando se le examina con detalle. Podría averiguar quizá la razón de la extraña predilección o servidumbre de mi amigo (llámesela como se quiera), y hasta de aquel sorprendente testamento. Al menos, valdría la pena ver el rostro de un hombre sin entrañas, sin piedad, un rostro que sólo tuvo que mostrarse una vez para despertar en la mente del poco impresionable Enfield un odio imperecedero.»